

1.5.2/328

1-288

30 de agosto 1901

Incluido en M. de U. O. C. Tomo II

BILBAO

IX

Sobre el discurso de Unamuno

Largo tiempo durarán en Vizcaya los comentarios al discurso de Unamuno y en España las discusiones que provoquen los primeros Juegos Florales de Bilbao. El discurso, como la grave encina castellana, inmóvil al viento, de que hablaba el autor, resistirá á cuantos embates le dirijan prejuicios fustigados y envidias mal ocultas. Los Juegos Florales habrán servido para atestiguar la capacidad en Bilbao de odiar y de querer, de sentir ideales y hasta de sacrificarse por ellos.—Y esto es envidiable y respetable en país que perece de atonía.

Es respetable. De los mismos bizcarras que á todo trance pretendían impedir que acabase Unamuno de leer su discurso, podrá decirse que es estrecho su estómago intelectual, acostumbreado á recibir papilla, y que por eso rechazaron el discurso, alimento sobrado fuerte para sus facultades digestivas. Podrá uno insultarles, escarnecerles, venirse á las manos, como ya sucedió anoche en el teatro de Bilbao. Se nos crispaban los nervios al oírles negar al hombre que más honra á Vizcaya; se nos congestionaba el cráneo cuando le gritaban: ¡á Salamanca, á Salamanca!...

¡Como si la fama de Unamuno necesitara para nada de la Universidad, como si su nombre no hubiere traspasado Pirineos y mares para hacerse glorioso en Buenos Aires, en Méjico, en Francia, en Italia, en Alemania, en Europa y en América! A esas gentes ya se les ensanchará el estómago: es latigazo de los que no se olvidan; el discurso se hará camino lentamente, llegará día en que lo entiendan todos, y entonces, los que anoche pretendieron abatir la encina, se postrarán bajo sus ramas. Tratémosles, entre tanto, como á chicos que hay que educar á latigazos; nadie se alarme; las naciones más adelantadas restablecen en las escuelas los castigos corporales. Castiguémoslos con dureza y con amor, como á chicos, ¡con amor!... ¿por qué no? Entre ellos y nosotros hay algo de común, la sinceridad, la buena fe y el entusiasmo. ¿No son estas las rocas donde se asienta toda nobleza espiritual?... En el griterío de muchos bizcarras veíamos primera materia susceptible de transformarse. Los que ayer gritaban seguirán gritando dentro de unos años; gritarán: ¡viva Unamuno!... hé ahí todo.

Lo que en el fondo indigna es oír á ciertos vascongados tachar de inoportuno el discurso. «¡Que hubiera escogido otra materia!»—dicen algunas gentes.—¿Pero de qué iba á hablar Unamuno en los primeros Juegos Florales de Bilbao, sino de las cuestiones que más preocupan al alma vascongada?... ¿De las enaguas y puntillas de las damas?... Cuando un hombre se llama Unamuno no tiene derecho á convertirse en revistero de salones. ¡Los oportunos! ¡los discretos!... De esta gente sí que no pueden esperar cosa alguna los bizcarras—ni nosotros.

Y sin embargo, los bizcarras son sus hijos, aunque parezca paradoja. Anoche, mientras el abogado burgalés Sr. Vega de la Iglesia, iniciador de los Juegos Florales, pronunciaba un discurso cantando las excelencias consabidas del noble solar, el árbol, las venerandas tradiciones, etc., etc., etc., pensábamos en que hubo tiempo en que todos los diarios de Bilbao, «El Noticiero», «El Porvenir Vascongado», «El Nervión», «La República», «El Diario de Bilbao», «El Vasco» y «La Cantabria», eran dirigidos por periodistas de fuera del país. El artículo de fondo decía, cualesquiera que fuese la índole del periódico, las mismas cosas del Sr. Vega de la Iglesia; era una adulación incesante, un día y otro, años enteros, lo que leía la gente, repetido en las conversaciones particulares. Así se fué formando la bola de nieve. «Cuando lo reconocen los de fuera, nuestro mérito debe ser extraordinario!»—pensaron los lectores de periódicos que nunca leyeron otra cosa, y aquel día apareció el bizcarrismo, que sólo es en el fondo—no en el fondo, que no lo tiene—que es sólo una hinchazón de vanidad y de ignorancia.

De entre esta atmósfera de perfumes baratos resucitó anoche el verdadero espíritu vasco, el noble, el fuerte, el sincero, el que lleva las ideas hasta el fin, por boca de un vizcaíno que suele enorgullecerse de sus treinta y dos apellidos vascongados. Nada diré del discurso de Unamuno, que á estas horas habrá recorrido triunfalmente el perímetro de la prensa. Lo que no se conoce fuera de Bilbao es el tono en que fué leído. Habló Unamuno como él solo puede hacerlo en Vizcaya, de arriba abajo, como maestro que explica y predicador que persuade. Era encalmada y grave su palabra, sin enfatismos ni fuegos de artificio, sobria, precisa, matemática. Cuando el griterío le impuso silencio, Unamuno se sentaba, con las piernas abiertas, las cuartillas en la mano y los ojos orgullosos fijos en las alturas, donde se libraba la batalla. Aplaudíamos entonces los amigos de su sinceridad y Unamuno volvía á levantarse, sin neurosisismos ni precipitaciones. Acallaban su voz los gritos, y nuevos aplausos le hacían levantarse. Así cinco veces, hasta que sus amigos, apoyados por las simpatías del auditorio, lograron apagar el vocerío, y prosiguió la lectura con palabra inmutable, recalcando las sílabas, hasta el fin del discurso.

Y ahora, ahí queda eso. Largo tiempo se hablará en Bilbao de sus primeros Juegos Florales. Largo tiempo se hablará en España del vizcaíno que ha dado la nota española más valiente en estos tristes tiempos de fraccionamientos y desgracias. Yo tengo para mí que empieza en Unamuno la historia intelectual de Vizcaya y bendigo á la suerte que me ha permitido asistir á los dos faustos acontecimientos con que nuestra patria ha forzado las puertas del siglo nuevo: el ensayo general de «Electra» y el discurso de D. Miguel de Unamuno.

RAMIRO DE MAEZTU.

Bilbao, 27 Agosto 1901.

